

La noche del CHIKÓN (*)

Siempre soñé que moriría en México. Cuando supe que me moría, compré un billete sin retorno al aeropuerto Benito Juárez. No iba triste. No iba alegre. Iba en silencio. A escuchar todo lo que ellos quisieran contarme, los azares, los signos. Ni siquiera era noviembre, ni siquiera las calacas de Posada desperzaban aún para el Día de Muertos.

Nunca hice nada grande. Sin embargo, es triste descubrir que ya no quedan días que desperdiciar. Es fastidioso saber que algo inesperado va a pasar, una fastidiosa muerte, rompiendo la rutina. De pronto nos entran ganas de aferrarnos al día, sorber su maciza realidad, mirar con extrañeza la grapadora y el perrito electrónico. Apenas sabía nada de México, tan sólo que allí moriría.

Pasé la primera noche en un hotel del Zócalo, y amanecí en la estación de autobuses de Poniente. Sentados en las sillas rojas, hombres y mujeres bajitos masticaban tacos con dientes de plata. Fui bajando hacia el Yucatán. Fui cruzando los llanos de Veracruz, prendidos en sus fuegos. En mi cuaderno iba apuntando los encuentros tristemente banales. ¿Nadie se daba cuenta de que me moría? Todo lo interpretaba mi alma, tan negra y humeante como la tierra. Quizás desaparecería en el Golfo de México, tal vez en el Pacífico. Volería al caldo primordial, al Océano. O tal vez Ella vendría en una bala perdida, en una carretera de segunda. La imaginé hermosa y radiante como la calavera Catrina. Pero no debía apresurarla. Debía dejar a la Lenta ahondar poquito a poquito, hacer tranquilamente sus estragos.

En unas lomas divisé el toro de Osborne, inmortal como una esfinge. Nadie hablaba, todos iban mirando las milpas, la hierba rubia y melenuda, las palmeras. Una película gringa, inevitable aquí como allá, devanaba en la pantalla su tonto guión maniqueo. Agradecí secretamente el sabotaje del traductor mexicano: "¡Pinche mamacho cuachalote! ¡Ahí no más te chingasteen!".

Estuve tres días en San Cristóbal de las Casas. En la casa de huéspedes Las Carmelitas, un catalán tocaba el ukelele. Llevaba diez años viajando, grabando los ruidos del mundo, escribiendo... Güero, pues hay gentes que viven así, era cierto. Todas las casas e iglesias del pueblo estaban pintadas de colores. En la iglesia de San Antonio de Padua había un niño Jesús cuajado de exvotos, con bata y fonendoscopio. Una mujer diminuta me llamó desde los bancos: "Es el Niño Doctor, señor. Ándele, pídale". Le

encendí una vela de diez pesos. Cientos de ojos de esmalte me miraban, prendidos en la bata blanca. "Pero qué le vas a pedir, viejo, si ya te toca. No quieras envejecer egoístamente, cinco o diez años más de los que te han sido concedidos".

Sentado en aquellos bancos, recordé las palabras de Emilio, mi librero favorito de la cuesta Moyano: "Considere el lado positivo del asunto, señor Mauro. Usted siempre ha sido un miedoso, un pequeñoburgués amedrentado, con su moral pueblerina, honrado y trabajador, sin grandes ambiciones. Es viudo, sus hijos ya campean por su cuenta. No haga como tantos españoles viejos y quejumbrosos, siempre compadeciéndose de sí mismos. Aproveche esta magnífica oportunidad para lanzarse a la vida. Usted alguna vez leyó a Jack London, alguna vez coleccionó las novelas de Conrad, Baroja, Melville. Aferrado a su butaca de oficina, soñaba con ser Zalacaín. ¿Y bien? se ha pasado treinta años bregando con ballenas de ministerio, ensartando facturas con arpones imaginarios. Si sólo le quedan seis meses, atrévase a disfrutarlos. Si de veras tiene que morir, muérase sin ganas de morirse. Cómprese un billete, dé la vuelta al mundo, enamórese".

Pero aquí tampoco pasaba nada, era un turista. La muerte se anunciaba tan banal como la vida. La imaginé embrutecida como una funcionaria de correos, estampando entre bostezos el último sello. Cansado del tráfico de huipiles y pulseritas de hilo, subí para Oaxaca.

Es verdad que he vivido con miedo. Estudia hija, ahorra hijo, han salido unas oposiciones, hijo. Es curioso estar aquí, cruzar el Atlántico, solo gracias a la muerte. En el Ayuntamiento de Oaxaca, como en tanto

Si sólo le quedan seis meses, atrévase a disfrutarlos. Si de veras tiene que morir, muérase sin ganas de morirse. Cómprese un billete, dé la vuelta al mundo, enamórese".

ayuntamiento mexicano, había un mural, un psicoanálisis visual de la neurosis patria, un exorcismo en brochazos rojos del trauma de la Conquista. Yo lo miraba en silencio desde mi propio grito de Dolores, ensoñando el discreto mural de mi vida: los 25 años con Trini, los 31 años de asesoría contable, los hijos, la casa de Alcobendas, el chalet en Guadarrama, las vacaciones en Fuengirola, los jóvenes en la cuesta arriba, los viejos en la cuesta abajo, jubilándose, enfermándose, muriendo poquito a poquito, como Trini, como Pedro, como Ramón, como Lucas... Como yo mismo, tras el fatal diagnóstico que daría los primeros brochazos fortuitos a aquella pintura.

Unas náuseas me obligaron a volver a D.F. Era la estación de lluvias, y el pesero sorteaba los canchales recién derramados en la carretera de segunda. Cruzamos montañas llenas de nopales, milpas verticales salpicadas de burros y campesinos. Sentados detrás de mí, hombres y mujeres pequeñitos hablaban en remotas lenguas musicales. A pesar de mis genes ibéricos, yo era el más alto y más blanco. A causa de ellos, el más calvo. "¿A dónde va señor?". "A México D.F.". "¡Ay güerito, pos se agarró la combi equivocada!" Una mujer en huipil blanco me vio retorcerme de dolor y frustración. "Ay señor, a usted se le ve muy mala cara. Véngase para Huautla, pa' que lo mire Ma Juana. La señora sana con honguitos".

Me pregunté si se referiría a los hongos teonanacatl. En mis ya manoseados Cronistas de Indias había leído que la Inquisición intentó erradicarlos en un Decreto de 1620. Al parecer su uso ritual había sobrevivido en algunas tribus aisladas de la Sierra Madre. Bernardino de Sahagún había escrito que enloquecen. "Se lo agradezco señora, pero no tomo estupefacientes".

"Señor, allá va la gente a curarse. La señora heredó sus poderes de María Sabina, chota shinee. No coma carne, no toque mujer en los siete días antes y después de la ceremonia".

Me imaginé muriendo como un Baudelaire decadente, drogadicto, tumbado sobre sarapes mugrientos. ¿Pero qué significaba aquello, una promesa de curación en Sierra Madre? Sentí una punzada en el bazo.

"Que otra cosa vienen a hacer los güeros a la sierra, ya me dirá", sentenció el conductor del pesero. "Por acá sólo hay honguitos. Unos vienen a curarse de vicios, otros a agarrarlos.

Unos vienen enfermos, desahuciados por todos los médicos. Otros quieren ver a Dios".

Sólo sé que tras ocho horas de baches, nos paramos en un pueblo con tejados de uralita y la mujer me sacó del pesero. Los niños gritaban "vengase pa acá, señor, que en mi casa hay honguitos". En unas horas me encontré tumbado sobre sarapes, ante un altar con Nazareno sangrante, veladoras de la Virgen de Guadalupe y San Judas Tadeo, ofrendas de copal sobre brasas, cacao y polvo de tabaco. Ma Juana me hacía limpias con yerba en la penumbra, mientras canturreaba rezos en mazateco. Me alargó 12 hongos "derrumbe", que debí masticar con los dientes delanteros, con barro y raíces incluidos. "Los Niños Santos son Njinle Kristo, la Sangre de Cristo" explicó la señora " hay que masticarlos con respeto, con sus piernas y el barro de sus pies".

Cerré los ojos con aprensión, pero sólo vi puntitos, los pálidos fosfenos que pueblan el revés de los párpados al empeñarse en dormir en un aeropuerto. Tras cuatro horas de ceremonia, tuve que reconocerlo: "Señora me va a perdonar pero yo no veo nada, no siento nada, no me pasa nada". "Los españoles son muy duros de cabeza", dijo Ma Juana con preocupación, "los honguitos no les prenden. La última que vino nos llamó estafadores y se marchó pa' Real de Catorce. Esa sí que se alocó. Comió peyote, Pastora, Semilla de la Virgen, todo mezclado. Unas yerbas tienen celos de las otras y lo tarantan a uno. Usted no quiera".

Tuve que desembolsar 400 pesos. Al emerger de la capilla, topé con unos rosacruces de Tijuana, 4 músicos de Nueva York y sus novias peluqueras. Ma Juana tenía una clientela internacional. La invitaban a simposios de Terapias Alternativas en Londres, Nueva York y San Francisco. Un chicano de Brooklyn le estaba diseñando un sitio web con servicio PayPal de pago electrónico. Me sentí un patético espécimen de la vorágine globalizadora, con sus chamanes electrónicos y sus tecnócratas chamanizados. La señora, sin embargo, aún recordaba las viejas devociones, y me envió al Cerro de la Adoración, ombligo del universo mazateco, a congraciarme con el Chikón Nindó, Caballero de Cabellos Plateados, Señor de los Hongos y los Cerros. Tanto insistió que compré veladoras, cacao e incienso, y así lo hice.

También compré la Vida de María Sabina, del mazateco Alvaro Estrada, para indagar la inocencia prehippy de aquellas ceremonias. Mis 31 años de frígido pragmatismo, de aséptica lógica contable, de pronto reventaron en un interés por las cosas ocultas. Aunque el echador de la tona, al leer su oráculo de

granos de maíz, profetizara tontadas como "Uy señor ahí le veo... unos amores bien chidos por venir".

En especial estudié las creencias en torno a la Muerte, que encontré al fin emboscada por aquellos cerros. La Sierra Mazateca estaba poblada de espectros. La partera de Huautla, asesinada por 80 pesos, aún recorría el camino de Mazatlán. En la Pista de Aterrizaje, desfilaban las doce Autoridades fusiladas por los federales. Cerca de allí, la Llorona acechaba en los barrancos, despeñando a los hombres con su canto. Dos pilotos españoles rondaban la ruina de su avión estrellado en el monte Cicitpetl, masacrados por los ladrones. Al Este, unos niños lloraban en las pirámides de San Mateo Yoloxochitlán, donde les metieron a buscar cerámica azteca, y ya no salieron. Muertes por los caminos, en cajas de pino apenas lijadas, con guirnalda de flores amarillas y pareja de mariachis trompeteando. Cruces en los arceces señalando ajustes de cuentas. Cicatrices de intentos de muerte "Ay del xa (el aguardiente), que me sacó por la ventana con el delirium tremens".

Perros negros. Balazos en los parabrisas de los peseros.

Ma Juana, que también atendía a paisanos, oficiaba en los sepelios locales, hoy a rezar por unos albañiles defenestrados, mañana por una niña atropellada. Mi muerte se quedaba lenta, burocrática, ante aquella exuberante mortandad violenta, regocijo de la Santa Muerte que algunos adoraban. Recordé mi proyecto juvenil de recoger historias, tanto tiempo abandonado. Del deseo de morir a salvo en suelo urbano, del miedo a no saber cuándo sería, pasé al oye viejo, que aún tienes tiempo, porqué no te quedas y lo haces, por qué no conjuras la muerte con

Mi muerte se quedaba lenta, burocrática, ante aquella exuberante mortandad violenta, regocijo de la Santa Muerte que algunos adoraban

este folklore de muerte. Para calmar los dolores, la botica vegetal de la señora de momento me servía. O tal vez fuera el aire de aquellos cerros. O tal vez haber encontrado, por fin, algo que hacer satisfactorio.

No regresé a México D.F. Septiembre anunció el fin de la estación de lluvias y el sueño anual de los hongos. Los músicos alucinados, las sectas sincréticas y los turistas terminales partieron en busca de análogos químicos. Los chamanes mercenarios desmontaron sus altares, y yo me quedé a solas con los paisanos. "Ma Juana, quisiera coleccionar esos cuentos de fantasmas". "Ándele pues, platíquele a Doña Altigracia, la maestra de Santa Cruz, ella se sabe muchos".

"Y qué quiere hacer con ellos" preguntó Doña Altigracia. Pensé sin decirlo que de dejar la propia sombra en aquellos cerros, prefería dejarla en forma de libro. "Siempre quise recoger historias de la tierra, fábulas, mitos... México está lleno de ellas. Ahora que estoy jubilado... tengo tiempo para hacerlo. Tengo un amigo librero que conoce impresores, sería fácil de publicar. Y el librito quedaría para el pueblo, para los paisanos".

Los ojos de la maestra se encendieron con un brillo casi juvenil "Ay señor qué interesante, sí que quisiera colaborar. Por acá los libros son caros, ya les cortaron la beca a los de la revista La Faena, una pena porque por acá hay substancia para llenar enciclopedias. Pero platiquemos con los mayores, ellos saben, yo le traduzco. Luego le ruego que en los créditos refleje la voz y la autoría de todos los que colaboraron".

Así, por hacer feliz a Altigracia, decidí compartir mi capricho terminal. Nuestra colaboración de meses superó toda expectativa. Sobre todo en la noche que investigamos la muerte del mismísimo Chikón Nindó, castrado y crucificado por secuestrar a la hija del rey de Tenango. Aquella noche, Altigracia me miró húmedamente y dijo: "¿Sabe güerito que a mí ya hace tiempo que no me secuestran?" Su beso restalló como un trallazo por las colinas de Patió el Viejo. "Allá por Europa no pasa nada de nada, eh güero?". "Pues la verdad", respondí aturrido, "no mucho". "¡Pos lo que aún le queda por ver? compadrito!".

Llevo tres años en México, y sigo soñando que **aquí moriré**.

(*) Texto ganador del XII Concurso de Tanatocuentos de la Revista Adiós, patrocinado por Funespaña. "La noche de Chikón se presentó bajo el pseudónimo de "Edelawit".